

ARQUEOLOGÍA

**Introducción a la historia material
de las sociedades del pasado**

Sonia Gutiérrez Lloret



PUBLICACIONES

Universidad de Alicante

ARQUEOLOGÍA
Introducción a la historia material
de las sociedades del pasado

Sonia Gutiérrez Lloret

ARQUEOLOGÍA

Introducción a la historia material
de las sociedades del pasado

UNIVERSIDAD DE ALICANTE

© Sonia Gutiérrez Lloret
© de la presente edición
Publicaciones de la Universidad de Alicante
Campus de San Vicente s/n
03690 San Vicente del Raspeig
Publicaciones@ua.es
<http://publicaciones.ua.es>

Diseño de portada: Alfredo Candela

Impresión: Publidisa

I.S.B.N. eBook: 978-84-9717-100-7
I.S.B.N.: 978-84-7908-658-9
Depósito Legal: MU-2480-2001

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado –electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.–, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

A Lorenzo Abad, mi profesor de arqueología, y a todos mis alumnos, en especial los del 5.º curso de 1989-90, que me enseñaron que para enseñar hay que seguir aprendiendo.

ÍNDICE

	<i>Pág.</i>
INTRODUCCIÓN	13
1. LA ARQUEOLOGÍA, UNA DISCIPLINA HISTÓRICA	17
2. EL CONCEPTO DE ARQUEOLOGÍA	25
2.1. Los límites de la Arqueología	28
2.1.1. La construcción del documento arqueológico	33
2.2. Arqueología y Arqueologías	39
2.2.1. La Arqueología Prehistórica	40
2.2.1.1. <i>Concepto</i>	40
2.2.1.2. <i>Desarrollo histórico</i>	41
2.2.2. La Arqueología Protohistórica	42
2.2.2.1. <i>Concepto</i>	42
2.2.2.2. <i>Periodización y desarrollo histórico</i>	43
2.2.3. La Arqueología de las sociedades del Próximo Oriente antiguo ...	45
2.2.3.1. <i>Concepto</i>	45
2.2.3.2. <i>Desarrollo histórico</i>	47
2.2.4. La Arqueología Clásica	49
2.2.4.1. <i>Concepto y desarrollo histórico</i>	49
2.2.4.2. <i>Perspectivas actuales</i>	52
2.2.5. La Arqueología Medieval	53
2.2.5.1. <i>Concepto</i>	53
2.2.5.2. <i>La Arqueología del Altomedievo</i>	55
2.2.5.2.1. <i>Desarrollo histórico</i>	57
2.2.5.2.2. <i>El problema de la terminología</i>	64
2.2.5.3. <i>La Arqueología del Pleno y Bajo Medievo</i>	67
2.2.5.4. <i>La Arqueología de al-Andalus</i>	70
2.2.5.5. <i>Perspectivas actuales</i>	73
2.2.6. La Arqueología Postmedieval	75
2.2.6.1. <i>Desarrollo histórico</i>	75

	<i>Pág.</i>
2.2.6.2. <i>Concepto</i>	77
2.2.6.3. <i>Perspectivas actuales</i>	78
2.2.7. La Arqueología Industrial	79
2.2.7.1. <i>Concepto tradicional y desarrollo histórico</i>	79
2.2.7.2. <i>Perspectivas actuales: hacia un nuevo concepto de la Arqueología de las sociedades contemporáneas</i>	83
2.3. El debate epistemológico actual sobre la naturaleza científica de la disciplina arqueológica	88
2.3.1. Introducción: las corrientes teóricas en Arqueología	88
2.3.2. Del Evolucionismo a Gordon Childe: la arqueología positivista y difusionista	91
2.3.3. La "revolución epistemológica": la Nueva Arqueología y el enfoque analítico	93
2.3.3.1 <i>La Nueva Arqueología</i>	94
2.3.3.2 <i>La Arqueología Analítica</i>	100
2.3.4. El Materialismo Histórico	102
2.3.5. La reacción idealista en Arqueología	106
2.3.5.1. <i>El Estructuralismo</i>	106
2.3.5.2. <i>El neohistoricismo postestructuralista y postprocesal</i>	108
2.3.5.2.1. <i>La Arqueología Contextual</i>	109
2.3.5.2.2. <i>Postestructuralismo y deconstructivismo</i>	112
2.3.5.3. <i>La crítica al relativismo extremo y las expectativas de futuro</i>	113
3. LAS FUENTES DE LA ARQUEOLOGÍA	117
3.1. Tipos y naturaleza	117
3.2. Las fuentes materiales	118
3.2.1. Las fuentes arqueológicas	118
3.2.2. Las fuentes artísticas. El problema de la arquitectura.	122
3.2.3. Las fuentes etnográficas	126
3.2.4. Las fuentes epigráficas	129
3.2.5. Las fuentes numismáticas	132
3.3. Las fuentes escritas	138
3.3.1. Las fuentes documentales	138
3.3.2. Las fuentes cartográficas y gráficas en general	140
3.4. Las fuentes verbales	140
3.4.1. La historia oral	141
3.4.2. La toponimia	144
3.5. Las fuentes visuales	145
4. EL MÉTODO Y LAS TÉCNICAS	149
4.1. Las técnicas de excavación arqueológica	151
4.1.1. Procesos y estrategias de excavación	151
4.1.2. Sistemas de registro y documentación	155

	<i>Pág.</i>
4.2. Las técnicas poco destructivas o “ligeras” de investigación arqueológica	159
4.2.1. La prospección	159
4.2.2. La Arqueología de la arquitectura	161
4.3. Las técnicas de datación	164
4.4. Las técnicas de catalogación, representación y clasificación de vestigios arqueológicos	167
4.5. Las técnicas de análisis	169
4.6. Las técnicas de la arqueología subacuática	172
5. LA ARQUEOLOGÍA Y SUS RELACIONES CON OTRAS DISCIPLINAS	175
5.1. Arqueología, Historia y Prehistoria	175
5.2. Arqueología, Antropología y otras ciencias sociales	176
5.3. Arqueología e Historia del Arte	178
5.4. Arqueología, Epigrafía y Numismática	180
5.5. Arqueología y Filología	181
6. CONCLUSIÓN: LOS RETOS DEL FUTURO	185
6.1. La extensión temporal de la Arqueología	185
6.2. El ejercicio de la Arqueología como profesión liberal	186
6.3. La valoración social de la Arqueología	188
BIBLIOGRAFÍA CITADA	189
ANEXO: BIBLIOGRAFÍA DE INTRODUCCIÓN A LA ARQUEOLOGÍA	205

INTRODUCCIÓN

ESTE libro es consecuencia de una propuesta docente emprendida cuando comencé a enseñar Arqueología en la Universidad de Alicante, más tarde contrastada en la práctica con la elaboración del nuevo Plan de Estudios de la Licenciatura de Historia y que, por fin, cristalizó en el Proyecto Docente presentado al concurso de provisión de la Plaza de Profesor Titular de Arqueología que hoy ocupo en la Universidad de Alicante, celebrado en septiembre de 1996. * En él se refleja, sobre todo, la reflexión interna que generó esa empresa en el seno del Área de Arqueología de esta Universidad, convencida, además, de la necesidad de replantear el objeto y los contenidos comúnmente impartidos en la disciplina, obsoletos en relación con su evolución científica, técnica y profesional; pero también expresa la enriquecedora dialéctica mantenida con colegas de otras áreas históricas, igualmente implicadas en el estudio de las sociedades desaparecidas. En esta discusión participaron tanto historiadores empeñados en el análisis histórico del pasado de la humanidad a través de sus restos materiales, con los que me une el uso de la técnica arqueológica, como historiadores que utilizan exclusivamente la documentación escrita y las técnicas de la Diplomática con idéntica finalidad, a los que me acercan problemas históricos comunes. De todo ello surgió este ejercicio de reflexión, que no pretende ser definitivo pero sí útil para aquel que se aproxima por vez primera al estudio material del pasado.

Una de las primeras cuestiones que se plantea en estas páginas es precisamente la de los límites de ese “pasado”. Si preguntásemos a cualquiera ¿hasta dónde llega el pasado?, la respuesta sería, sin duda, ¡hasta hace un momento! En tal caso, ¿por qué los límites de la Arqueología —que no es

* En esta publicación se recoge una versión resumida y actualizada de su fundamentación teórica.

otra cosa que el estudio material de las sociedades “pasadas” o, si se prefiere, desaparecidas— se fijan en un momento establecido arbitrariamente por la tradición académica y la inexistencia o la poca relevancia, cuando la hay, de documentación escrita? De esta forma, se consagra un prejuicio positivista y obsoleto —“*la historia se construye con documentos escritos*”—, que establece una prelación indebida entre las fuentes históricas, y del que todos los historiadores somos responsables en una u otra medida.

Este libro no nace con vocación de manual; ni lo es, ni pretendió serlo nunca. El lector no debe buscar en él temas correlativos donde se desmenuce la historiografía de la Arqueología, se explique en detalle las diversas técnicas arqueológicas de campo y laboratorio (excavación, prospección, sistemas de documentación, técnicas de análisis, etc.) o se describa los procedimientos de datación. Para esto existen en el mercado excelentes manuales —como el de Víctor Fernández Martínez (*Teoría y Método de la arqueología*, 1990) o el de Colin Renfrew y Paul Bahn (*Archeology. Theories, Methods and Practice*, 1991), traducido al castellano en 1993— que en conjunto resultan difícilmente superables, por más que se señalen algunas de sus carencias. El libro que ahora se inicia pretende, eso sí, entrar en una discusión más conceptual que técnica y, por tanto, discutible, y espero que discutida. En él se quiere dar cuenta, en la medida de mis limitaciones y de acuerdo con mi propia opinión, de algunos problemas a los que se enfrenta la práctica de nuestra disciplina en el actual panorama científico, social y académico, que a menudo se eluden en los manuales.

Y no es uno de los menores el problema de la extensión de la aplicación de las técnicas arqueológicas a periodos caracterizados por la abundancia y versatilidad de las fuentes escritas, superando la “tradicional” identificación de la Arqueología con la Antigüedad. Esto ha supuesto desde problemas puramente técnicos —especialmente de adaptación y exploración de nuevas tecnologías— a problemas profesionales y académicos, que no es posible eludir por más tiempo con vagas referencias a los intereses corporativos o a la compartimentación convencional del conocimiento. La asunción de la raíz genética del problema no cuestiona ni contribuye a superar una indefinición académica y social con la que docentes, investigadores y profesionales, presentes y futuros, tenemos que enfrentarnos día a día, ni tan siquiera la explica. Por esta razón, se ha intentado tratar la Arqueología desde una perspectiva diacrónica, analizando todas las “arqueologías” que la especialización temática, la periodización histórica, la compartimentación académica o la tradición científica han consolidado, por más que muchas nos parezcan conceptualmente inadecuadas o poco rigurosas.

Soy consciente de que la parte del libro dedicada a la “Arqueología y Arqueologías” está voluntariamente descompensada, ya que se ha prestado

mayor atención a la problemática de las arqueologías “postclásicas”. Tras esta decisión subyace seguramente mi condición de arqueólogo medievalista, interesada *a priori* en todo aquello que supone la aplicación de las técnicas arqueológicas al estudio de sociedades que produjeron y conservaron abundantes testimonios escritos; pero también está presente la evidencia de que habitualmente son estas aplicaciones “postclásicas” de la Arqueología las que se ignoran en las publicaciones especializadas, donde —por contra— el lector interesado encontrará normalmente toda la información que persiga sobre las sociedades antiguas, puesto que su historia se construye en gran medida a través de la Arqueología. Comprender qué son, qué quieren o qué deben ser estas arqueologías “más modernas” en un sentido temporal, precisa necesariamente analizar su origen y su evolución, y esa ha sido mi intención al plantear sus problemas. Como además resulta que este “ser o no ser” depende, en última instancia, de cómo se “piense” teóricamente la Historia y, en consecuencia, la Arqueología, me ha parecido necesario discutir las posiciones teóricas y, evidentemente, “posicionarme” en este debate.

El convencimiento personal de que la Arqueología es necesariamente una disciplina histórica —una especialización dentro de la ciencia de la Historia— y de que ésta no se construye ni se explica únicamente con los textos escritos, nos lleva necesariamente a plantear el problema de la distinta naturaleza de las fuentes históricas. Esta discusión ha sido planteada para las sociedades antiguas y medievales como una dialéctica sobre la complementariedad o no del documento escrito y del material como fuentes históricas, pero al defender la potencialidad histórica del estudio arqueológico más allá del Medievo, se hace necesario introducir también en la discusión fuentes de diversa naturaleza, como las verbales o las visuales.

De otro lado, la creciente preocupación social por el patrimonio histórico y el desarrollo de nuevas técnicas de documentación estratigráfica, aplicables a los restos arquitectónicos emergentes, obliga a reformular una discusión planteada hasta ahora en términos exclusivamente técnicos o estéticos. En este debate sobre la restauración y conservación del patrimonio histórico “construido”, los arqueólogos han comenzado a intervenir en pie de igualdad con otros profesionales implicados —arquitectos, historiadores del arte, abogados, etc.— y, en general, con toda la sociedad, que tiene derecho a opinar sobre criterios que, las más de las veces, son exclusivamente juicios —o prejuicios— estéticos. Por ello, más que explicar en qué consisten las diversas técnicas arqueológicas, en este libro se intenta reflexionar sobre los problemas y posibilidades de su aplicación, insistiendo en la importancia de la formación técnica del arqueólogo, en tanto que historiador especializado en la aplicación de técnicas que permiten convertir los vestigios

materiales en documentos históricos; esta formación, en razón precisamente de su carácter empírico, no se adquiere —por más que se proclame— con la lectura de un par de manuales al uso. El dato arqueológico se construye y si no se sabe construirlo no hay más que discutir: el edificio histórico que lo emplee está abocado a la ruina.

Cómo formar en Arqueología; cómo aunar la imprescindible formación histórica con la no menos necesaria preparación de profesionales cualificados, sin olvidar la función científica e investigadora de la Universidad, son algunas de las preguntas que se plantean ahora en la Arqueología. Sin duda habrá que comenzar a discutir las dentro y fuera de la disciplina, pero sin crispar el debate, pues en los tiempos que se avecinan será necesario aunar esfuerzos para defender la necesidad social del conocimiento histórico, contra conocimientos tecnológicos mucho más “rentables”. Este libro pretende únicamente suscitar esa discusión y si lo logra, su autora estará plenamente satisfecha.

En último lugar, tengo que advertir que aunque sólo yo firmo este libro —y, por tanto, sólo yo me hago responsable de sus equivocaciones—, en él hay muchas voces y muchas reflexiones; tantas y tan profundas que en ocasiones ni yo misma sé quién está detrás de cada una. Por ello debo de reconocer y agradecer desde aquí todos esos diálogos, en unos casos “materiales” y en otros “escritos”, que he recreado en estas páginas. En primer lugar a Lorenzo Abad y a Manuel Acién, a quienes sí sé cuánto debe este libro; también a Juan Manuel Abascal, Carolina Doménech, Antonio Espinosa, França Galiana, Antonio Guilabert, Mauro Hernández, Javier Jover, Juan López Padilla, Alberto Lorrio, Feli Sala, José Luis Simón, Mercedes Tintero y un largo etcétera que incluye a todos los compañeros de departamento con los que he discutido, reflexionado y tomado demasiado café. Por fin, a Rafael Azuar, Marga Borrego, Alberto Canto, Juan José Castillo, Patrice Cressier, Paolo Delogu, Patxuca De Miguel, Ángel Fuentes, Blanca Gamo, Carlos Gómez Bellard, José María Gurt, Rosana Gutiérrez, Héctor Lillo, Consuelo Mata, Javier Martí, M.^a Antonia Martínez, Lauro Olmo, Pepa Pascual, Fernando Quesada, Sebastián Ramallo, Vicente Salvatierra, Rubí Sanz, Begoña San Miguel, Trini Tortosa, Antonio Vallejo, y otro etcétera, aún más largo, que incluye a todos aquellos amigos y colegas que colaboraron, aportaron, discutieron o simplemente opinaron sobre este manuscrito. A todos ellos, que en muchos casos se reconocerán en estas páginas, mi gratitud.

LA ARQUEOLOGÍA, UNA DISCIPLINA HISTÓRICA

EN el seno de la disciplina arqueológica es notoria una cierta indefinición en su caracterización científica, que ha dado lugar a un profundo y amplio debate epistemológico. Dicho debate adquiere una doble dimensión de controversia teórica, cuando atañe “*al concepto mismo de la disciplina*”, y de discusión metodológica cuando “*hace referencia al proceso de trabajo y a las técnicas de investigación*” (Ruiz Rodríguez *et alii*, 1986, 47). Como A. Ruiz, M. Molinos y F. Hornos señalan, este debate conceptual se explica desde la caracterización de la “*Arqueología como ciencia integrante de la Historia*” o bien “*ciencia histórica*”, parafraseando a R. Bianchi Bandinelli (1982, 27); ello nos obliga a situarnos en el marco de un debate conceptual más amplio: el de la naturaleza y concepción del conocimiento histórico¹.

El término Historia es ya ambiguo de por sí, puesto que, como señalaba P. Vilar, designa a la vez el conocimiento de una materia y la materia de ese conocimiento (Vilar, 1980, 17). No obstante, la Historia, como cualquier otra ciencia, viene definida por su objeto de estudio, además de por sus métodos y técnicas de análisis. Su objeto son los “*hombres en el pasado*” (Bloch, 1975, 24-6); en otras palabras, la Historia explica el cambio, “*la dinámica de las sociedades humanas*” (Vilar, 1980, 43). Sin embargo, el estudio de la transformación de las sociedades en el tiempo se convierte en verdadera ciencia histórica cuando se basa en el conocimiento científico y no en la especulación filosófica, la creencia religiosa o la intuición mágica,

¹ La bibliografía sobre este particular es extensa y participa de diversos enfoques. No obstante podemos destacar algunas de las aportaciones más significativas: AA.VV., 1976 a; Cardoso y Pérez Brignoli, 1976; Chesneaux, 1977; Le Goff y Nora, 1978-80; Topolski, 1981; Fontana, 1982; Lozano, 1987; Heller, 1982; Dosse, 1988; Duby, 1988; Fontana, 1992; Ruiz, 1993.

por mencionar otros tipos de conocimiento no científicos que ha empleado el ser humano para comprender la realidad que le circunda.

El requisito fundamental de esa científicidad es, al menos desde la “revolución científica moderna”, el uso del método científico, es decir, una estrategia general, un conjunto de procedimientos ordenados que sirven para plantear problemas históricos verificables, sometiendo a prueba las soluciones propuestas (Cardoso, 1982, 54). El conocimiento así obtenido tiene una lícita pretensión de objetividad, la aspiración de convertirse en “verdad” científica, pero también es falible puesto que no formula verdades definitivas, ni admite certezas o seguridades (Bunge, 1975, 9); de hecho, el conocimiento científico es siempre histórico y provisional, su respuesta a los problemas es diferente en cada época, como también lo son las preguntas planteadas². Obviamente la ciencia histórica no puede revivir el pasado, ni tan siquiera puede reconstruirlo certeramente, pero puede formular nuevas preguntas sobre su naturaleza, replantear las antiguas o simplemente reinterpretarlo cuantas veces sea necesario en cada contexto histórico y cultural (Ruiz Torres, 1993, 57 y 77).

Desde esta perspectiva, la Historia es una ciencia factual y humana, en tanto que tiene un objeto definido y exclusivo –el pasado de la humanidad– y una forma de proceder científica: un método. Dicha ciencia utiliza para su construcción fuentes textuales –los documentos escritos– y fuentes no textuales –los vestigios arqueológicos, los documentos visuales o los testimonios orales–, siendo precisamente la diversidad de estas fuentes la que genera la necesidad de estrategias particulares dentro del método científico, es decir, procedimientos y técnicas especiales que dependen de la naturaleza específica de la fuente de información. La Arqueología es, por tanto, una disciplina histórica, que se ocupa específicamente del estudio de las sociedades del pasado mediante las fuentes materiales y busca el conocimiento científico de las mismas, utilizando para ello un conjunto de técnicas, llamadas en el seno de la disciplina, de forma genérica e imprecisa, el “método arqueológico”³. De la misma forma, otras fuentes requieren espe-

² El desarrollo de una nueva conciencia histórica de la ciencia debe mucho a la reflexión de T. S. Kuhn, quien en su obra *La estructura de las revoluciones científicas* (1962) propone una concepción discontinuista del desarrollo histórico de las ciencias, que niega la idea de su progreso lineal y acumulativo y cuestiona su paradigma de racionalidad, basado en la existencia de hechos objetivos independientes de la propia investigación. Cfr. Ruiz Rodríguez *et alii*, 1990, 384 y Ruiz Torres, 1993, 65 y ss.

³ Es necesario advertir que pese a lo usual de la expresión “método arqueológico”, ésta resulta en rigor conceptualmente impropia puesto que el método científico es uno y la expresión designa en realidad el conjunto de técnicas y procedimientos específicos de que se sirve la Arqueología.

cializaciones distintas, como la Diplomática, que utiliza la crítica textual interna y externa como procedimiento científico específico para abordar el estudio de las fuentes escritas. El objetivo de ambas es pues idéntico y no es otro que, en palabras de M. Barceló, el de “*producir informaciones adecuadamente contrastadas sobre la estructura, funcionamiento y cambios de las sociedades humanas*” (Barceló *et alii*, 1988, 12).

De acuerdo con esta reflexión, no debería existir ningún inconveniente conceptual en aceptar que la Arqueología es una disciplina histórica definida por su dimensión técnica; es decir, la Arqueología es realmente una especialización de la Historia como ciencia global y única del pasado de la humanidad, que pone al servicio de ésta un conjunto de técnicas y procedimientos que permiten construir documentos históricos a partir de las fuentes materiales. En este sentido la Arqueología sería una disciplina auxiliar de la Historia, puesto que todas las técnicas lo son respecto a las ciencias, equiparable en su finalidad y condición técnica a la Diplomática, mientras que el arqueólogo sería un historiador especializado en la investigación histórica realizada a través de las fuentes materiales. Sin embargo, a menudo se observa una cierta reticencia por parte de los arqueólogos a la hora de asumir de buen grado esa dimensión “técnica” de nuestra disciplina. Hay que preguntarse, por tanto, cuál es la causa última de esta prevención.

En realidad el problema parte de la identificación tradicional entre la Historia como ciencia y una de sus fuentes –el texto escrito–, con la consiguiente asimilación de la Ciencia con las técnicas desarrolladas desde el siglo XVII para el estudio crítico del documento escrito y agrupadas en el corpus disciplinar de la Diplomática, hasta el punto de acabar identificando la Historia con la investigación de las fuentes escritas (Salvatierra, 1990, 85). Esta identificación arranca de una concepción histórica decimonónica, empírica y positivista –supuestamente superada pero más extendida y aceptada de lo que se reconoce–, que hacía del documento escrito su única fuente de conocimiento, como se proclama en la *Introduction aux études historiques* de Langlois y Seignobos (1898): “*La historia se hace con documentos... Porque nada suple a los documentos y donde no los hay no hay historia*”⁴. Esta convención conduce a aceptar finalmente que historiadores son “...quienes trabajan con documentos escritos”, por más que se considere esta definición “*sumamente restrictiva*” (Malpica, 1993, 29), con lo que se excluye de tal condición a quienes trabajan con documentos materiales, esto es, los arqueólogos.

De esta forma, la historia construida exclusivamente con una de sus técnicas, la Diplomática, adquiere un rango superior al de las otras formas

⁴ Citado en Ruiz Torres *et alii*, 1993, 52.

de hacer historia, como la propia Arqueología, que en razón exclusivamente de esta desfasada convención, queda constreñida a una concepción peyorativa, que no entraña *a priori* la dimensión técnica de la disciplina como tampoco la entraña en el caso de la Diplomática, pero que adquiere de manera automática al subordinar su reflexión a otra de supuesto rango cualitativo superior, capaz de formalizar problemas y producir un conocimiento histórico privilegiado, que únicamente puede emanar —aunque no se reconozca— del documento escrito y ser construido por los historiadores que con él trabajan. La consecuencia de este análisis es clara: la Arqueología deja de ser lo que realmente es, una disciplina auxiliar de la Historia como ciencia total, para convertirse en mera “técnica auxiliar” de una “historia” donde se privilegia lo escrito, erróneamente identificada con una de sus técnicas, como si el objeto de la Arqueología fuera ajeno al de la Historia. Este contenido peyorativo, implícito en la convención antes expresada, es, en mi opinión, el que explica las reticencias de los arqueólogos ante el epíteto “auxiliar”, con que habitualmente la historia hecha desde los textos escritos define su papel y su “*oficio descriptivo*” (Barceló, 1997, 11).

Por esta razón, la Historia con mayúscula no debe confundirse nunca con la historia construida únicamente con los documentos escritos, aunque la convención habitual de designar esta última práctica como Historia a secas favorezca tal confusión. La Historia debe ser, como señaló Pierre Vilar, una ciencia “*a la vez global y dinámica de las sociedades*” y en consecuencia la “*única síntesis posible de las otras ciencias humanas*”⁵; en otras palabras, es la ciencia que se ocupa del proceso histórico en su conjunto, incorporando los discursos de todas las disciplinas o especialidades históricas: la arqueología, la historia textual, la historia oral, etc. No obstante, antes de adentrarnos en la naturaleza de la Arqueología, ahora ya definida como una disciplina histórica, es necesario referirnos brevemente a algunos argumentos que afectan a su condición científica, en tanto que cuestionan la cientificidad de la propia Historia.

Las objeciones epistemológicas más comunes a la cientificidad de la Historia afectan a la ausencia de experimentación y a la imposibilidad de establecer leyes generales del comportamiento humano o al menos regularidades en la evolución social. El experimento es una modificación o repe-

⁵ P. Vilar, “Problèmes théoriques de l’histoire économique”, *Aujourd’hui l’histoire*, Paris, 1974, 121-2 (citado por Ciro F. S. Cardoso, 1982, 99). Concepción globalizadora de la historia compartida por el materialismo histórico (Thompson, 1981, 118) y por la escuela francesa de los *Annales*, si bien abandonada totalmente por los que se consideran sus últimos epígonos en lo que ha dado en llamarse la *nouvelle histoire* (sobre el particular cfr. Dosse, 1988; Fontana, 1992, 81 y ss.; Ruiz Torres, 1993, 60).